

vió expuesto á nuevos peligros. El piloto murió á los pocos dias de haber salido del puerto, y no habia nadie que tuviese conocimientos náuticos. Esta desgracia, unida á las tempestades que empezaron á combatir la nave, hizo perder toda esperanza de salvamento á la tripulacion. Hernan Cortés empuñó entonces el timon, alentando á su gente; y dirigiendo la nave con la perfeccion de un experto marino, la condujo felizmente al puerto de Acapulco. Los gastos hechos por Cortés en esas expediciones por el mar del Sur pasaron de trescientos mil duros, cantidad que causó gran quebranto en su fortuna, pues en consecuencia del convenio que tenia celebrado, los gastos de las últimas expediciones fueron de su cuenta. Las empresas para los nuevos descubrimientos agotaron los recursos de Cortés, bastante menoscabados ya con las dos primeras expediciones, que, aunque se hicieron de cuenta de la corona, hizo él todo los gastos, que nunca llegó á poder cobrar. Que despues de ellas se encontraba escaso de recursos, lo revelan algunas cuantas líneas de una carta escrita por él en Yautepéc á García de Llerena, con fecha 13 de Agosto de 1532, poco antes de preparar la última expedicion. «No tengo, le decia, un peso de oro que gastar en cosas que son menester, y por eso no se pueden hoy librar los dineros de vuestra quitacion; gastad ahora de lo vuestro, que todo se pagará junto». Parecia que la fortuna, que le habia sonreido hasta la toma de la capital azteca, elevándole á los mas altos honores, se habia propuesto hacerle sentir las amarguras que reserva al hombre cuando se ha cansado de favorecerle y trata de hacerle probar sus rigores. Las mayores dificultades miró

allanadas durante el tiempo que trabajó en unir á la corona de Castilla las vastas y ricas provincias del Anáhuac, «así como en cosa ninguna tuvo ventura despues que ganó la Nueva España», dice Bernal Diaz, atribuyendo el funesto cambio á maldiciones que le echaron sus soldados porque no les dió en premio de sus servicios todo lo que pretendian.

Hernan Cortés marchó á Cuernavaca, donde impaciente le esperaba su esposa, y despues de dar aviso de su llegada al virey, ofreciéndose á su disposicion, volvió á ocuparse del adelanto de la agricultura en sus posesiones. Don Antonio de Mendoza le contestó felicitándole por su vuelta, incluyéndole una carta de su amigo y pariente Francisco Pizarro, en que le pedia gente y recursos para salir de la situacion comprometida en que se hallaba en el sitio de Lima. Hernan Cortés, no deteniéndose en gastos cuando se trataba del servicio de la corona, dispuso inmediatamente tres buques, bien provistos de armas, municiones y víveres, y los envió con bastante número de gente y una fuerza de caballería. Aunque el socorro llegó al Perú cuando ya Pizarro habia logrado salir del estrecho lance en que se hallaba, le fué muy útil para lo sucesivo en sus empresas.

Mientras el marqués del Valle descansaba de las fatigas de su penosa expedicion por el mar del Sur, se recibieron en Méjico noticias lisonjeras de nuevos y maravillosos descubrimientos, que despertaron el entusiasmo de todos sus habitantes. Cuatro españoles y un negro africano que llegaron á la Nueva España atravesando inmensos desiertos por provincias lejanas y desconocidas,

aseguraban que se encontraba, al Norte de Sonora, una poderosa y rica nacion que tenia el nombre de Quivira, en cuyo territorio, abundante en oro y perlas, se ostentaban siete hermosas ciudades, cuyos habitantes vestian lujosamente al uso oriental, llevando ricas alhajas y preciosas piedras. La capital de ese delicioso país se llamaba Cibola, segun la relacion de los que daban la seductora noticia.

La llegada de ellos á la ciudad de Méjico, donde hicieron relacion del magnífico país de Quivira, fué verdaderamente notable. Continuando algunos capitanes de Nuño de Guzman sus conquistas, y marchando por las tierras que caen mas arriba del rio Yaquimí, oyeron decir que mas adelante, en el interior del país, habia algunos hombres blancos, iguales en un todo á los españoles, los cuales iban acompañados de numerosos indios. Admirados los capitanes de Guzman de lo que oian, determinaron marchar con algunos jinetes en busca de ellos. Pronto los encontraron. Los hombres blancos de que les habian hablado eran Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Dorantes, Maldonado, Castillo y el negro Estevanico. Estos cinco individuos pertenecian á una expedicion que en 1528 fué á la Florida con Pánfilo de Narvaez, el mismo que hizo prisionero Cortés en Cempoala. Habiendo naufragado parte de la flota y perecido sesenta hombres y veinte caballos, el resto de la gente que naufragó se internó por provincias desconocidas, sin mas ropa que la empapada en agua con que habian logrado salvarse de las olas del mar, y sin mas provisiones que las raíces, yerbas y alguna fruta silvestre que encontraban en los

campos. Despues de haber andado errantes por espacio de ocho años, por entre naciones salvajes, pereciendo unos sacrificados por los indios á sus deidades, otros de hambre, y asfixiados no pocos por el sol abrasador y la falta de agua en que apagar la devoradora sed, lograron Cabeza de Vaca y sus cuatro compañeros que mencionados dejo, llegar destrozados y desnudos á la costa de Culiacan, frente al golfo de Californias, y por último, al rio de *Yaquimí*. Llevaban quince dias de hallarse en este sitio, obsequiados por los indios, cuando tuvieron la dicha de ver llegar á sus compatriotas, pertenecientes al ejército de Nuño de Guzman. Despues de haber descansado algunos dias en Culiacan á donde marcharon con los capitanes españoles, emprendieron su marcha hácia Compostela, distante sesenta leguas, donde residia Nuño de Guzman. El general castellano les recibió con sumo agrado, y escuchó de sus labios la relacion de sus trabajos. Provistos de ropa y disgustados de la conducta arbitraria que observaba Nuño de Guzman con los nativos, se dirigieron á Méjico. El virey Mendoza les trató con mucha amabilidad; y al escuchar la seductora relacion que le hicieron del rico país de Quivira, se propuso enviar mas adelante una expedicion, para agregar aquel floreciente reino á la corona de Castilla. Para poner en planta su empresa, les dijo que le formasen un plano de los territorios que habian atravesado en su larga peregrinacion. Cabeza de Vaca y sus compañeros obsequiaron el deseo del virey, haciendo el mapa de la manera mas exacta que les fué posible. Pocos dias despues Cabeza de Vaca y Castillo se embarcaron en Veracruz para

España, comisionados por el virey para que informasen al monarca de la tierra descubierta.

Las brillantes noticias de la maravillosa riqueza del desconocido reino de Quivira y de las siete magníficas ciudades descritas por los cinco que habian sobrevivido á la desgraciada expedicion de Narvaez, eran el objeto de las conversaciones de los vecinos de Méjico. Todos los que carecian de bienes de fortuna anhelaban ir al descubrimiento de unas tierras que brindaban la felicidad y la ventura. Soñando en futuras dichas, solo esperaban que el virey acometiese la empresa para alistarse en la expedicion. Mientras á los soldados animaba el pensamiento de un porvenir envidiable, un humilde religioso franciscano, Fray Juan de Olmedo, afanoso, no de riquezas ni de fausto, sino de atraer al cristianismo á los habitantes de las tierras ponderadas, habia salido de Culiacan, último establecimiento español en la Nueva España, y se internó mas de doseientas leguas al Norte. Dominado de su ardiente celo apostólico, se propuso predicar el Evangelio á todas las gentes que á su paso encontrase, por bárbaras que fuesen. Cruzando desiertos y bosques, llegó á unos pueblos de indígenas que, admirados de ver á un hombre solo acercarse á ellos lleno de cariño y de modestia, le recibieron con agrado. Allí le dieron noticia los indios, de siete ciudades grandes y magníficas situadas en un país abundante en perlas y en ricos metales, indicándole al mismo tiempo que á no muy larga distancia se encontraba otra ciudad no menos admirable, llamada Quivira, cuyos sólidos edificios eran de siete pisos y de una belleza extraordinaria. Satisfecho de lo que oia, emprendió el

misionero su viaje á la capital de la Nueva España para poner en conocimiento de su prelado la existencia de nuevas gentes, á quienes ir á enseñar la doctrina del Crucificado. Despues de haber sufrido imponderables trabajos, hambres y miserias por caminos desconocidos y despoblados, llegó á Méjico, donde dió cuenta á su prelado Fray Márcos de Niza, natural de la ciudad de Niza, en el ducado de Saboya, de las noticias que habia adquirido. El prelado, para certificarse de lo que Fray Juan de Olmedo habia oido referir á los indios, determinó marchar sin tardanza á las apartadas provincias, y aunque de avanzada edad, emprendió el viaje á pié, con el ferviente anhelo de la salvacion de las almas. Llevó en su compañía al mismo religioso y al negro Estevanico. Llegados á Culiacan, salieron con algunos indios, siguiendo el camino que habia llevado antes el padre Fray Juan de Olmedo. De Petatlan se inclinaron hácia la costa, descubriendo diversas provincias. Despues de haber recorrido mas de trescientas leguas por los nuevos territorios, tuvo noticia de las siete ciudades de Quivira y de tres notables provincias llamadas Marata, Acuz y Tonteac, bastante distantes aun de Cibola, capital del reino de Quivira. Despues de haber recorrido Fray Márcos de Niza estas provincias, envió al negro Estevanico y algunos indios hácia la ponderada ciudad de Cibola, encargándoles que en cuanto la descubriesen volvieran á darle noticia de ello. Partió el negro Estevanico en union de los indígenas que habian salido de Culiacan; pero apenas habian penetrado en la provincia á que se dirigian, cuando fueron acometidos por sus feroces habitantes. El negro Estevanico fué

muerto con casi todos sus compañeros. Unicamente lograron escaparse dos indios que fueron los que dieron al padre Niza la triste noticia del funesto resultado de la expedición. Los indígenas que se habían quedado con el prelado, llenos de temor con lo que les había acontecido á sus compañeros, le suplicaron que volviese á Culiacan, si en algo apreciaba sus vidas. Fray Márcos de Niza, no queriendo ser causa de nuevas desgracias, accedió al ruego de los indios amigos, y emprendió su marcha de retroceso. Antes, sin embargo, de abandonar el territorio en que se hallaba, se subió á una elevada montaña para descubrir desde ella todo lo que la vista podía alcanzar. Desde allí contempló una hermosa ciudad que se presentó á sus ojos aun mucho mayor que Méjico, situada en un llano, á la falda de un cerro redondo. Sus casas, segun acertaba á ver desde la distancia en que se hallaba, eran de cal y canto, con magníficas y espaciosas azoteas. Bajando de la montaña y continuando la marcha, atravesó unas ásperas sierras que se extendían por muchas leguas hácia el Este, descubriendo desde una cañada siete poblaciones de bello aspecto, situadas en un ameno valle, abundante en oro y plata, segun le dieron á entender algunos indios que encontró á su paso. Cuando llegó á Méjico, se presentó inmediatamente al virey Mendoza á darle cuenta de lo que había visto, no dudando que debía ser cierto lo que se contaba de la fertilidad y riqueza del reino de Quivira.

La relacion del padre Fray Márcos de Niza llenó de entusiasmo á los que anhelaban adquirir un brillante porvenir, y todos esperaban con afan que se enviase una ex-

pedición en busca de las regiones auríferas para formar parte en ella.

Mientras navegaban para España Cabeza de Vaca y Castillo á dar cuenta de las maravillosas provincias del reino de Quivira, el virey D. Antonio de Mendoza recibió un pliego satisfactorio del emperador, donde le daba las gracias por el acierto con que gobernaba las provincias de la Nueva España, cuya prosperidad en todos los ramos era mayor cada dia. El monarca se manifestaba contento de saber la clara inteligencia de que estaban dotados los indígenas de la Nueva España, siendo muy superiores en todo al resto de los naturales del Nuevo Mundo. El virey, para cumplir religiosamente con algunas instrucciones que le enviaba el soberano, instaló una Junta general de las personas mas caracterizadas de la ciudad, para que en vista de un sumario formado por el Consejo de Indias en favor de los indios, añadiese lo que juzgase conveniente para llenar cumplidamente el objeto. La Junta, obsequiando la voluntad real, convocó á los caciques y naturales en la plaza pública, y por medio de un religioso, conocedor del idioma, les hizo saber las disposiciones dictadas en beneficio de ellos. El sumario tenia dos partes. La primera contenía un resúmen de todas las leyes dadas hasta entonces en favor de los nativos y las penas impuestas á los infractores de ellas. La segunda expresaba las obligaciones impuestas á los españoles para con los indios: ordenaba á éstos que se quejasen si recibían algun daño de los primeros, pues con esto prestarían un señalado servicio á los jueces, y los males se remediarían fácilmente, pues se procedería en el acto á reprimir-

los. La lectura de estas disposiciones se verificó de igual manera en todos los pueblos, siendo acogida con manifestaciones de satisfacción por los naturales. El monarca encargaba al virey que enviase á las diversas provincias del reino personas imparciales y de recta conciencia, á que se informasen si las leyes dadas en favor de los indígenas eran religiosamente cumplidas por los encomenderos. Era imposible que con la vigilancia desplegada por las autoridades y con las terribles penas impuestas á los infractores de las ordenanzas dictadas, se cometiesen abusos de importancia.

Casi al mismo tiempo que recibió el virey D. Antonio de Mendoza el satisfactorio despacho en que se elogiaba el acierto con que gobernaba las provincias, llegó á Méjico otro pliego del emperador, nombrando primer obispo de Michoacan al oidor Vasco de Quiroga, ocupando su puesto en la Audiencia el licenciado Lison de Tejada. El nombramiento de obispo hecho por el monarca en Vasco de Quiroga, fué debido á los elogios que hizo el virey al soberano, dándole á conocer la manera satisfactoria con que desempeñó su comision cuando le envió á la provincia de Michoacan á informarse de si eran cumplidas por los españoles las leyes dictadas en favor de los indios. Partió Vasco de Quiroga para su obispado, animado de los nobles sentimientos que le habian dado á conocer como hombre filántropo y recto. La religion cristiana habia hecho notables progresos entre los michoacanos. Dotados de clara inteligencia, aprendieron con asombrosa facilidad los niños de los caciques y los nobles, así como los de la clase humilde, á leer, escribir, contar, la música y el di-

bujo. Los frailes, construyendo pequeños conventos en los puntos convenientes, con sus respectivas escuelas, se habian esmerado en la enseñanza, y el fruto correspondió dignamente á sus desvelos. El obispo Vasco de Quiroga impulsó mas y mas la enseñanza entre las naciones tarascas y otras que pertenecian á su obispado, consiguiendo difundir la ilustracion en los pueblos. Siguiendo la policia de los antiguos reyes michoacanos, que obligaban á sus pueblos á ocuparse cada uno en una sola arte, hizo que se les enseñara los diversos oficios europeos, así como todos los ramos útiles; y los tarascos, haciéndose muy pronto notables en ellos, lograron vivir cómodamente, resultando el bien de la provincia y la honra del ilustre prelado, cuya memoria se conserva grata aun entre los ilustrados habitantes de Michoacan.

1537. Al mismo tiempo que llegaban á la corte los justos elogios hechos por los habitantes de la Nueva España en favor de la segunda Audiencia y del virey don Antonio de Mendoza, se repetian las quejas contra las crueldades cometidas por Nuño de Guzman durante el tiempo que fué gobernador de Pánuco, así como cuando fué presidente, y en su campaña contra los chichimecas. El monarca que, desde que tuvo noticia de la injusta muerte que dió al rey Caltzontzi, habia dispuesto que se le obligase á dar la residencia que hasta entonces habia podido eludir, pretextando no poder dejar abandonada la conquista de Jalisco, nombró un juez que fuese á tomarle cuentas y prenderle. La persona nombrada para ejecutar lo dispuesto por el monarca, fué el licenciado Diego Perez de la Torre, que era juez de Extremadura, hombre de

una rectitud y probidad proverbiales. El soberano, seguro de que sus órdenes serian ejecutadas con actividad y exactitud, le encargó que se pusiese en marcha lo mas pronto posible; le dió los despachos correspondientes para tomar la residencia al acusado, entre los cuales se hallaba una cédula, en conformidad con un auto que la segunda Audiencia pronunció para que Guzman fuese preso y secuestrados sus bienes, y le dió otras instrucciones importantes relativas al asunto. El recto juez arregló en pocos dias sus negocios en España, y embarcándose con su mujer y sus hijos en un buque que habia mandado disponer el soberano, se hizo á la vela para Nueva España en los últimos meses de 1536.

Al saber el virey D. Antonio de Mendoza que habia sido nombrado juez de residencia Diego Perez de la Torre, y que llevaba instrucciones de residenciar y prender al acusado en la misma provincia de Jalisco, si era preciso, trató de persuadir al destituido presidente á que se presentase en Méjico, con el fin de evitarle una afrenta y un disgusto. Nuño de Guzman, al recibir la carta del virey, comprendió que, con efecto, lo que mas le convenia era pasar á verle y esperar los sucesos. Inmediatamente arregló sus negocios, y nombrando por su teniente gobernador al capitán Cristóbal de Oñate, se puso en camino con treinta españoles, marchó á la provincia de Pánuco para recoger algunas cantidades de oro que allí tenia, y pocos dias después llegó á Méjico, causando suma extrañeza su presencia. El virey D. Antonio de Mendoza le recibió con la distincion debida á la calidad de su persona, y le dió por habitacion su mismo palacio. Des-

pues de haber terminado las atenciones de recepcion, el virey mandó que se le notificara una cédula del monarca, por la cual se le mandaba que no se le nombrase gobernador de Pánuco. Sensible fué para Nuño de Guzman verse privado de ese empleo; pero se vió precisado á obedecer, y el virey nombró otro gobernador, facultado por las órdenes superiores que tenia para ello.

Cuando Nuño de Guzman meditaba en el triste cambio que se habia operado en su fortuna y buscaba en su imaginacion la manera de destruir los cargos de que se le acusaba, llegó á Veracruz el buque que conducia al juez de residencia Diego Perez de la Torre y su familia. El activo abogado, celoso del cumplimiento de su deber, sin detenerse en el puerto mas que los instantes precisos para alojar á su esposa y á sus hijos, se puso en camino para Méjico. En cuanto llegó á la ciudad, se dirigió, sin dilacion ninguna, al palacio que habitaba el virey, y mandó á un paje que avisase su llegada á D. Antonio de Mendoza, pidiendo licencia para entrar, porque llevaba pliegos importantes del soberano. Todo aquello fué rápido como la luz de un relámpago. El infatigable juez entró en la sala en que se hallaba el virey, en los momentos en que Nuño de Guzman se encontraba á su lado. La inesperada aparicion de Diego Perez de la Torre inmutó al antiguo gobernador de Pánuco, pues se verificaba en el instante precisamente en que trataba con el virey su partida para la corte de España. El recto juez, haciendo una cortesía á D. Antonio de Mendoza, se acercó á Nuño de Guzman, y echándole mano á la guarnicion de la espada, dijo con solemne acento: «Dese preso Vuestra

Señoría, por el rey nuestro señor». Pronunciadas estas palabras, sacó los pliegos que llevaba del monarca y los presentó al virey. Quedó Nuño de Guzman sorprendido y pasmado al oír la intimación hecha en nombre del rey. Perez de la Torre, con el fin de asegurar del todo la persona del acusado, se dispuso á conducirlo á la cárcel, acto que se resistía á obedecer Guzman; pero llegando en aquellos instantes algunos caballeros de la ciudad para auxiliar al juez de residencia, se vió precisado á obedecer. La gente se agolpó en la calle al tener noticia de lo que pasaba, y el juez, al conducir preso al acusado al fuerte de las Atarazanas, decia en alta voz: «Esto manda su majestad, y lo que manda se ha de cumplir, y no otra cosa».

Despues de haber entregado el preso á Lope de Samaniego, alcaide de las Atarazanas, pasó Perez de la Torre á dar satisfaccion al virey de la aceleración con que habia ejecutado la prision de Nuño de Guzman. D. Antonio de Mendoza le contestó que habia obrado como recto juez y como leal vasallo del emperador, lo cual le enaltecia á sus ojos.

Dado el paso principal, que era asegurar la persona del acusado, Perez de la Torre empezó á ejercer su cargo, y mandó pregonar la residencia de Nuño de Guzman. Se le tomó cuenta de la muerte atroz que injustamente habia dado á Caltzontzi, de haber juntado gente sin licencia del monarca para entrar en Jalisco, asolando los pueblos que el capitán Francisco Cortés habia conseguido agregar á la corona por orden del marqués del Valle; de haber hecho esclavos en guerra y sin ella, y de todos los

actos reprobables que el lector conoce bien, ejecutados, ya durante su mando como gobernador de Pánuco, ya cuando desempeñó el alto puesto de presidente de la primera Audiencia. Nuño de Guzman, conociendo la incorruptibilidad del juez que le residenciaba, trabajaba con empeño con sus amigos para que ajustasen algún barco que le condujese de Veracruz á Génova, donde se hallaba de embajador su hermano Juan Juarez de Figueroa. No dudaba que conseguido el bajel, lograria de alguna manera salir de la prision y llegar al puerto para embarcarse. Pronto tuvo noticia el juez de lo que intentaba el preso, y dando aviso al virey y al marqués del Valle de lo que pasaba, se redoblaron las guardias y se hizo imposible su fuga.

La rectitud y la actividad con que obraba en la causa el honrado juez, dió origen á un hecho que le causó profundo disgusto. Los amigos de Nuño de Guzman, deseando desconceptuarle ante los ojos del público y presentarle como hombre vicioso, lograron colocar en una de las anchas mangas del tabardo, que entonces usaban los juristas, una baraja, atando suavemente la bocamanga, á fin de que se desatase fácilmente con el movimiento. La indigna venganza, les salió á medida de su propósito. Marchando el licenciado por la plaza principal, acompañado de personas muy distinguidas, se soltó la cinta con que habian atado la manga del tabardo, y á medida que andaba, iban cayendo poco á poco las barajas, dejando una línea de cartas en su paso. Los que le acompañaban, al ver que iban cayendo los naipes, le dijeron que mirase lo que llevaba en la manga del tabardo. El licenciado,